

Populismo, política y pueblo
Notas sobre LA RAZÓN POPULISTA;
de Ernesto Laclau, Buenos Aires, FCE, 2005.

Martina Garategaray

Universidad Torcuato Di Tella

En *La razón populista*, un título sugestivo y por demás polémico, Ernesto Laclau se propone estudiar la lógica de la formación de las identidades colectivas. Para ello, recupera en este libro algunos temas planteados en *Hegemonía y estrategia socialista* junto a Chantal Mouffe y otros debates inconclusos, que habían surgido de las conversaciones con Judith Butler y Slavoj Žižek en *Hegemonía, contingencia y universalidad*, poniendo de manifiesto, una vez más, sus preocupaciones por la construcción de lo político a partir del interesante cruce epistemológico entre la teoría política, el análisis del discurso y el psicoanálisis.

El libro se compone de tres secciones. La primera está abocada a reivindicar el denostado populismo, partiendo de una hipótesis que será cardinal en toda la obra, afirmar que «el impasse que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el «populismo», como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales «totalizan» el conjunto de su experiencia política» (p.16). En la segunda sección se propone responder al interrogante acerca de la cons-

trucción del pueblo; y en la última sección titulada: «variaciones populistas», sus hipótesis son puestas a prueba con respecto a una serie de casos históricos (el populismo estadounidense, el kemalismo turco y el peronismo de la resistencia), y en comparación a otras conceptualizaciones del pueblo como las de Žižek, Toni Negri y Michael Hardt, y Jaques Rancière.

Tal como sugeríamos, existe algo polémico y sugestivo no sólo en el título sino en toda la obra de Laclau que merece algunos comentarios. En primer lugar, evocar «la razón populista» implica la pretensión de otorgarle racionalidad a un fenómeno político que ha sido, tradicionalmente, despojado de ella. Reivindicado como lógica racional, el populismo, pasa a ser clave en la interpretación y construcción de la realidad política. En segundo lugar, tal es la primacía del populismo que la lógica populista es introducida por Laclau como la lógica política por excelencia: «no existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista» (p. 195). Por medio de la misma se reestablece el lugar central de la política en la construcción del espacio social frente a las teorías que postulan el fin de la política y el comienzo de la administración. De ello se desprende, en tercer lugar, que si la especificidad del populismo es la construcción del vínculo político, la aparición del pue-

blo sería su resultado y plantea, de este modo, el desafío de considerar al pueblo como una categoría política y no un dato de la estructura social. El pueblo se convierte así en el signifiante central de la lucha política: «la construcción del pueblo es el acto político *par excellence*» (p.195). Y la posibilidad de que una formación política se convierta en hegemónica descansa, por lo tanto y para el autor, en su capacidad de construir un pueblo. Por último, cabe destacar que el punto clave en la construcción de las identidades populares es, justamente, cómo articular demandas heterogéneas en un espacio homogéneo, y en dicha negociación, radica la potencialidad del populismo como lógica política en un mundo globalizado.

Por ende, Laclau formula, a partir de estos aportes, su argumento central: que la identidad popular es el resultado de la lógica populista y que es esta última la que permite que en la identidad popular coexistan, no sin tensión, la homogeneidad y la heterogeneidad como resultado de una lucha y de una construcción política, y no de una esencia común.

Es así que el intelectual argentino provoca e incomoda al estructurar el campo social a partir de la polémica tríada: populismo, política y pueblo. Detrás de todos estos supuestos descansa lo que consideramos constituye la mayor preocupación de Laclau: la crítica contra el inmanentismo, la matriz esencialista, determinista y organicista en la que durante todo el siglo XIX se ha fundado el conocimiento del mundo; bases que el siglo XX recuperó en la búsqueda de la

unidad totalitaria perdida, y que el siglo XXI, de la mano de propuestas como la suya, se propone desterrar. De este modo, la política recuperaría su lugar central en la articulación y configuración de los conflictos y no como un mero reflejo de condicionantes estructurales o metafísicos.

Para analizar los cimientos en los que la teoría de Laclau descansa, es necesario abandonar todos aquellos presupuestos que denostaban al populismo, y ampliar el modelo de racionalidad. Entender al populismo como un comportamiento irracional por parte de las masas o un tipo particular de manipulación por parte del líder, será, entonces, puesto en cuestión.

El proceso de homogenización de los individuos en la masa es el factor que para muchos, fundamentalmente los teóricos de la psicología de las masas, explica la pérdida de la racionalidad individual y el consecuente comportamiento patológico de los hombres en grupos mayores. Laclau recupera los argumentos que van desde las posiciones más negativas acerca de «el pueblo» como las de Taine, pasando por Tarde, Le Bon y Mc Dougall hasta Freud para crear, en función de la progresiva renegociación de la dualidad entre la homogeneidad social y la diferenciación social que encuentra en estos autores (aparecen como arácnidos en Taine para desaparecer como dualidad en Freud), un terreno fértil para el surgimiento de un concepto positivo del populismo. La progresiva renegociación de esta dualidad, que va resaltando en estos autores, implica la paulatina compatibili-

zación de las lógicas homogeneizantes con el funcionamiento del orden social, gracias al abandono de la distinción tajante entre lo normal y lo patológico, y la transferencia al grupo de muchas funciones propias del individuo. Sin ir más lejos, Freud hace de la psicología individual la base de la psicología social y se convierte así en el punto de partida de Laclau.

Si la centralidad del líder y su vínculo con las masas había sido comúnmente explicado a partir de la sugestión o la manipulación, Laclau afirma que puede y deber ser entendido a partir de la lógica populista, porque la unidad simbólica de un grupo, conduce a una individualidad. Los individuos sólo pueden permanecer unidos porque un nombre, a partir de una lógica política que denomina populismo, ha logrado condensar esa heterogeneidad en una unidad identificándose el grupo con el nombre del líder. Así los conceptos de nominación y afecto mediante los cuales una identidad popular es investida son centrales para comprender este proceso.

Pero el punto fundamental sobre el que descansa la irracionalidad del populismo ha sido la tendencia a considerarlo un concepto impreciso y vago. En este lugar común de las ciencias sociales, el giro del autor resulta sumamente interesante porque hace de las críticas atributos del populismo y de lo político. Si, siguiendo a Laclau, la indecidibilidad y el fin de las certezas es el terreno propio de la política y el populismo es la expresión de la lógica política, resulta consecuente que el populismo sea vago o impreciso.

Su significado no es fijo sino fluctuante porque está sujeto a la contingencia de sentidos que en la lucha política se le confiere. Si la especificidad del populismo es la construcción de un pueblo, sólo la vaguedad y la imprecisión del término pueden lograr articular las diferencias particulares como equivalencias a partir de una cadena equivalencial cada vez más amplia. Entonces, ambas caracterizaciones (vaguedad e imprecisión) no resultan de ningún tipo de situación marginal o primitiva sino que se inscriben en la naturaleza misma de lo político.

Ahora bien, una vez revalorizado el populismo, cabe preguntarse en qué consiste la tan anunciada lógica populista. Laclau dirá que el populismo es una forma de articulación de lo político, es decir, una forma de relacionar lo universal y lo particular. Pero, para ello, vale la pena adentrarse en su funcionamiento.

La unidad de análisis de la que Laclau parte es la demanda no satisfecha que denomina demanda democrática, aislada o heterogénea; esto es, una demanda o reclamo que al no atenderse se convierte en una demanda excluida y externa al sistema. La existencia de este tipo de demandas genera, y a la vez evidencia, una fractura antagónica en el espacio social. De este modo el espacio social se muestra dividido en dos campos: aquellos acusados de no haber satisfecho la demanda (el poder) y el pueblo o, para decirlo con mayor precisión, una parte del pueblo (que el autor denomina *plebs*: los menos privilegiados) que al desplazar de la comunidad a aquellos que no

han respondido a sus demandas, los responsables de su frustración, se atribuye la representación del todo, el *populus*.

Es preciso, dirá Laclau, tener en cuenta que las demandas tienen un significado dentro del marco simbólico de la sociedad pero que la experiencia de una falta hace que ese marco simbólico en el que tenían sentido comience a desintegrarse. Y dicho quiebre es la condición de posibilidad para construir un nuevo marco que las contenga. Sin embargo, para que ello ocurra es necesario que alguna demanda particular, gracias al principio de identificación, logre articular las diferentes demandas en torno a un común denominador, por medio de una cadena equivalencial, que se eslabona a partir de aquello que las demandas tienen en común.

Esta demanda es la demanda popular, que si bien asume la representación de todas las demandas, no pierde su particularidad. Es decir, la propia demanda se encuentra a su vez atravesada por la tensión, imposible de eliminar porque es constitutiva al pueblo y la política, entre la diferencia y la equivalencia. Pero su capacidad de articulación equivalencial hace que la identidad popular funcione como un significante vacío y pueda mantener unidas a las múltiples demandas.

Algunas consideraciones importantes, que se desprenden de su argumento, resultan significativas para comprender la emergencia del pueblo y sus distancias con lo postulado fundamentalmente por Negri y Hardt. El pueblo no resulta necesariamente de la existencia de demandas heterogéneas, sino que es producto de la lógica po-

pulista y por ello debe intervenir algo cualitativamente nuevo. El espacio social se encuentra fracturado, pero de esas fronteras constitutivas en su interior no se desprende necesariamente la aparición del «pueblo», más bien su emergencia es producto de una lógica política por la cual las fronteras se desplazan y la lógica de la equivalencia puede operar de varios modos para dar lugar a una nueva hegemonía.

La heterogeneidad es constitutiva del lazo social, pero necesita de la articulación política para convertirse en una voluntad popular; por ello es que siempre habrá, en términos laclausianos, una dimensión política por la cual la sociedad y el pueblo son constantemente reinventados.

Puesto que la plenitud (el pueblo) es imposible, su eventual aparición sólo ocurre cuando parcialidades son investidas como universales, es decir, cuando una particularidad asume «el nombre de su ausencia», de la universalidad. Y en esta investidura radical entran en juego la nominación y el afecto. El pueblo se constituye como tal, dirá Laclau, cuando el vago sentimiento de solidaridad de las relaciones equivalenciales cristaliza en una identidad discursiva que ya no representa a las demandas democráticas como equivalenciales sino al lazo equivalencial como tal.

En ese momento la hipótesis inicial adquiere todo su sentido. El objetivo de recuperar las discusiones en torno a la totalidad parece cumplido, pero entendiendo a la totalidad como un horizonte y no un fundamento. Así, el populismo sería la única

totalización posible porque instituye lo social al crear un pueblo, pero sin anular las particularidades que se mantienen como diferencias al interior de la cadena equivalencial. La única plenitud social alcanzable, sin caer en tentaciones que impliquen clausurar las diferencias o cerrar la brecha social, es por medio de la hegemonía, la lógica por la cual una particularidad se universaliza.

Si ya en *Hegemonía y estrategia socialista* la política era entendida por Laclau como una articulación hegemónica o que intenta convertirse en hegemónica, en este caso va un paso más allá al afirmar que la política es hegemónica a través de la lógica populista. Para Laclau el problema de la política es la constitución de un pueblo y ese pueblo es el resultado de la lógica populista. Lo que dicho de otro modo implicaría que: la lógica de la construcción del pueblo es la razón populista y la razón populista es la razón política.

La tríada inicial se convierte, así, en una tríada sinónima que le permite romper con las formas de racionalidad que anuncian el fin de la política, recuperar al pueblo como la identidad colectiva fundante del lazo social frente a su pregonado reemplazo por la identidad ciudadana, y revalorizar el denostado populismo.

Pero, aquí vale la pena distanciarse de su argumento y dejar planteados algunos interrogantes: ¿qué diferencia habría entre la totalidad como horizonte y como fundamento si es bien sabido que la sutura final, el pueblo uno, es imposible hasta en regímenes caracterizados como totalitarios; ¿qué mecanismos realmente permiten que las mismas no sean avasalladas por el propio lazo equivalencial?

La obra de Laclau no es sólo una invitación a repensar el populismo, sino que llama a hacerlo en un marco democrático, ya que para el autor éste es la lógica articuladora que mejor responde al escenario de la globalización y de la democracia. En un mundo signado por el capitalismo globalizado y sus efectos, la proliferación de nuevos antagonismos y la multiplicación de demandas, la única unidad posible, reitera, es el pueblo como resultado de articulaciones políticas equivalenciales; por medio de *la razón populista*.

La tensión entre la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia es constitutiva de lo político. No obstante, ¿es posible pensar que la *única* forma de resolver esta tensión es por medio del populismo? Quizás, y a modo de propuesta, una vez revalorizado el populismo sea necesario introducir algunos matices.